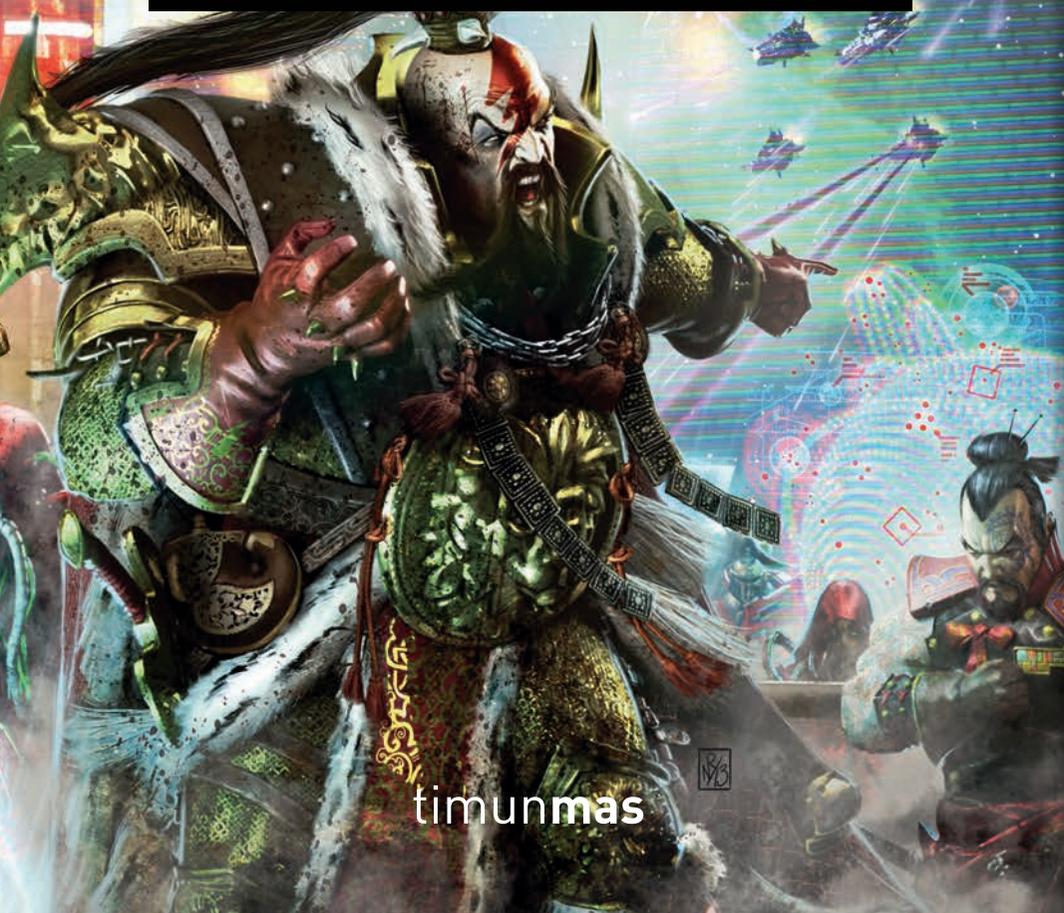


THE HORUS HERESY®

Chris Wraight

CICATRICES

La Legión dividida



THE HORUS HERESY®

CICATRICES

Chris Wraight

timun**mas**

Título original: *Scars*
Traducción: Gemma Gallart Álvarez

Ilustración de cubierta y de la pág. 1: Neil Roberts

Primera edición: enero de 2017

Scars, Cicatrices, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2013 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2013-2014

© De la traducción Games Workshop Limited. 2017. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0427-2
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B 24486-2016
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

El Mundo Blanco Cuerpos Mentes

Era posible recordar demasiado.

Ilya Ravallion había necesitado muchísimo tiempo para aprenderlo. Durante mucho tiempo había supuesto que la mayoría de lecciones habían quedado atrás, dominadas en su juventud o no, allá por la época en que poseía la rapidez de mente y cuerpo para cambiar según exigieran las circunstancias. Sin embargo, había resultado que todavía era capaz de evolucionar, incluso después de que sus cabellos encanecieran y el rostro quedara surcado de arrugas como los pliegues de una fruta secada por el sol.

Chondax lo había cambiado todo. El Mundo Blanco, como lo llamaban los Scars. Estos gustaban de dar nombres interesantes a las cosas. Los cartógrafos imperiales lo habían catalogado como «Chondax Primus EX5,776 NC-X-S». Las siglas «NC» significaban que no cumplía las normas del Imperio, la «X» indicaba ocupación por parte de xenos y la «S» que estaba planificada una visita de sometimiento por parte de una flota expedicionaria. Todas esas etiquetas tendrían que cambiar ahora: los xenos habían sido exterminados, y lo que quedaba en la superficie cumplía tan a rajatabla las normas del Imperio como era posible hacerlo. La 915.^a Expedición y el resto de elementos de la flota no tardarían en congregarse en los puntos de salto, en busca de nuevas misiones, y los cartógrafos y los catalogadores planetarios se pondrían a trabajar.

Hasta entonces, ella prefería «Mundo Blanco».

En su antigua vida lo habría encontrado extravagante. Aunque, por otro lado, en su antigua vida le habrían parecido extravagantes la mayoría

de cosas. El Departamento Munitorum no era una institución que recompensara la creatividad; el brazo logístico de la Gran Cruzada exigía funcionarios con un dominio del detalle, con una memoria perfecta, con un amor por las estadísticas y la clase de mente capaz de manipularlas con exactitud, rapidez y meticulosidad.

Ella había sido así. Había empezado en el centro de señales de Palamar Secundus como descifradora de códigos. Había sido una tarea exigente, en particular cuando se trataba de códigos xenos cuya descodificación bordeaba los límites de la demencia. Tras una entusiasta fase inicial, había dejado de disfrutar con ello; las matemáticas eran aterradoramente intensas, al igual que los colegas con los que trabajaba.

Tan solo cuando sus otras aptitudes empezaron a relucir las cosas cambiaron de verdad a mejor. Aquel día había sido caluroso y la oficina del jefe de sección era un lugar sofocante. Él estaba de mal humor: iban retrasados en sus objetivos y comandantes de campaña en seis campos de operaciones empezaban a perder la paciencia.

Se había frotado los ojos, contemplando con abatimiento los montones de pizarras de datos que tenía sobre la mesa.

—Ahora quieren cifras de la campaña de Irax —había dicho con la voz apagada.

—Las recuerdo —había contestado ella.

Él la había mirado fijamente.

—Eso fue hace un año.

—Lo sé. Puedo enumerarlas.

Todavía podía. Las primeras anotaciones descansaban en su mente voluminosa, totalmente accesibles.

«Punto de relevo Aleph: Seis transportes, nueve naves de desembarco, doce regimientos.

Punto de relevo Varl: Tres transportes, dos naves de desembarco, tres regimientos.

Punto de relevo Thek...».

Y así sucesivamente.

Aquello la había sacado de los códigos. Abandonó Palamar y la transfirieron más cerca del núcleo. Su vida pasó a ser una cuestión de mover soldados de un lugar a otro, a tiempo, con munición, con comida, con refuerzos, sin confusiones. Era repetitivo. Era laborioso. Era solitario.

Le encantaba. Fue escalando rangos, cada promoción la llevaba una etapa o dos de disformidad más cerca de Terra. En cuanto el departamento

quedó incorporado por completo a la administración militar imperial, este adoptó rangos militares y ella pasó a ser teniente, a continuación coronel, y luego, finalmente, general. Disfrutaba con el respeto que eso le proporcionaba por parte de los que pertenecían al ejército regular, que sabían qué era un general y lo que ella podía hacerles si lo olvidaban en algún momento.

Y las campañas fueron pasando, una tras otra. Los números empezaron a ofuscar incluso su espaciosa mente. Millares de transportes, billones de soldados, trillones de armas láser con cuatrillones de mochilas de energía. En ocasiones, permanecía despierta por la noche, delineando el trazado de la Cruzada en una gigantesca telaraña imaginaria. Veía a las flotas expedicionarias avanzando lentamente a lo largo de líneas invisibles en dirección a sus puntos de destino, cada una luciendo etiquetas estadísticas que indicaban tipos de despliegue y dotaciones. Le gustaba hacer eso. Partes de aquella telaraña eran cosa suya. Nadie lo sabría jamás, ni mucho menos dejaría constancia de su contribución, pero no obstante la hacía sonreír.

Durante mucho tiempo, fue todo lo que deseó. Le confería propósito y una saludable cuota de satisfacción. El que fuera una satisfacción solitaria rara vez le pasaba por la cabeza. Nunca echó en falta la presencia de un compañero, varón o de otro tipo, algo que en cualquier caso habría sido una intrusión en la sensación de orden que había creado a su alrededor. No había lugar para nadie más en su vida, ni lugar para desorden, incerteza o compromiso.

Para cuando había empezado a poner en duda esa doctrina ya le faltaba poco para retirarse. Los cortos cabellos llevaban una década siendo grises. El pulcro y elegante uniforme lucía condecoraciones de hacía una generación, y sus subordinados más jóvenes la trataban como a una reliquia de una época olvidada.

«De modo que estas son las elecciones que he hecho», pensó. Supuso que no eran elecciones que muchos otros hubieran realizado, pero no pasaba nada; la galaxia era un lugar enorme, y el Emperador hallaba tarea para toda clase de gente. Había sido una buena vida, una de la que podía sentirse orgullosa y satisfecha interiormente.

Al final, no obstante, había hecho falta Chondax para abrirle los ojos.

¿Qué había sabido ella sobre los White Scars? Tan poco como cualquier otro. Eran los guerreros esquivos, la legión que vagaba demasiado lejos, los que casi se habían desgajado por completo, lanzados a la conquista

por la fuerza propulsora de la Cruzada en dirección al interior del espacio sideral. «Extravagantes», los había llamado su superior.

Había sido una sorprendente última tarea para ella, un matrimonio inverosímil de personas totalmente distintas. Desde Ullanor, en un viaje relámpago, para pasar a continuación a la siguiente campaña de los Scars, con un rango de servicio concedido y con el encargo de organizar lo imposible de organizar, de imponer un cierto sentido de disciplina a una legión que trataba la guerra como una especie de despreocupada y regocijante forma de arte. Jamás habría previsto algo así.

Halji, al menos, había sido amable con ella. El asistente que le asignaron era tan diligente y jovial como cualquiera que hubiera conocido nunca. Todavía seguía siendo fácil exasperarse con el resto —en particular el mismísimo Khan— y estaba claro que ellos la hallaban tan divertida como lo habían hecho desde el principio, pero se habían hecho algunos progresos.

La llamaban *szu-Ilya*. La sabía Ilya. A pesar de toda su idiosincrasia, era difícil no sentirse complacida.

Echaba en falta a Yesugei, sin embargo. Desde el principio, el vidente de las tormentas había sido el único en tratarla con seriedad. Era un maestro de fuerzas elementales que estaban más allá de la limitada imaginación de la mujer, pero siempre había sido cortés, siempre respetuoso. Yesugei había visto algo en ella que la misma Ilya no había advertido, y fue eso, al final, lo que la había arrastrado a la peligrosa órbita de los Scars. Era una lástima que no hubiera acompañado a la flota a Chondax, pero así era la guerra.

Así fue cómo había acabado con sus propias dependencias en la enorme nave insignia de la legión, *Espada de la Tormenta*, y había iniciado el largo proceso de catalogar activos y racionalizar patrones de despliegue. No siempre la escuchaban pero en ocasiones lo hacían. Se esforzaban por hacerlo. Eran conscientes de sus deficiencias y deseaban mejorar.

Eso le gustó. Resultaba un desafío para ella. Intentó aflojar algunos de los rigores de su vida pasada, intentó olvidar unas cuantas cosas, o al menos no aferrarse con tanto ahínco a ellas. Una vida eidética, corría el riesgo de ser una vida estéril. Ellos aprendieron de ella, ella aprendió de ellos, y de este modo descubrió que era posible inquietarse en demasía, insistir demasiado en algo. Recordar demasiado.

—Intentaré dejar las cosas un poco a su aire —se decía, en especial cuando la tentaba el impulso de reorganizar un plan de requisa

típicamente indiscriminado—. En todas las cosas existe un feliz punto intermedio. Haz concesiones. Ten una mentalidad abierta.

Oyó un repique quedo en su puerta.

—Adelante —indicó, alzando la cabeza de su consola.

Halji entró, efectuando una educada reverencia.

A Ilya le seguía pareciendo raro que le hicieran reverencias. Halji era un tercio más alto que ella dentro de su armadura, tremendamente poderoso y con una pericia guerrera que casi resultaba increíble. Como todos los chogorianos, sin embargo, se tomaba su mejora genética a la ligera. Una cierta clase de cortesía retraída parecía ser algo innato en todos ellos.

—Perdona la intrusión, szu —dijo—. Deseabas ser informada de los progresos en el Coro.

Ilya se recostó en el asiento.

—Así es. ¿Algo que informar?

—No —dijo Halji, con una sonrisa nerviosa—. No consiguen recibir nada, no pueden enviar nada. Todo lo probado ha fracasado. La señora de los astrópatas te envía sus disculpas.

—No es culpa suya —repuso Ilya con un sentimiento de desazón—. ¿Cuánto tiempo hace?

—Desde la llegada a Chondax.

—Llevamos aquí mucho tiempo, Halji.

—El maestro dice que suspensión de emisiones no es raro. Dice que la disformidad es lugar inconstante. Una vez estuvimos en campaña en Kleimoran y el Coro no oyó nada durante dos años. No está preocupado.

Ilya frunció el entrecejo. Los White Scars eran displicentes en lo relativo a perder el contacto con el resto del Imperio. Les gustaba. A ella no; la ponía nerviosa, como si de improvisto la privaran de gravedad u oxígeno.

—Por favor, dile que lo siga intentando. A lo mejor algunas ubicaciones del sistema están libres de ese efecto.

Halji encogió los hombros.

—Lo haré. Pero dice que nada enviado ni recibido desde hace bastante tiempo.

Ilya volvió a dirigir la mirada al escritorio. Un diagrama de la distribución de la flota refulgía tenuemente en la vítrea superficie y mostraba un amplio despliegue de grupos de combate que daban caza a los últimos elementos de fuerzas enemigas que todavía persistían en los rincones más remotos del sistema. La resistencia en todo el grupo de Chondax estaba llegando a su fin, y con cada informe estándar periódico llegaba un montón de cómputos de muertos y certificados de sumisión. Pronto

la tarea aquí habría finalizado y llegaría la nueva misión. Los White Scars volverían a estar en movimiento, tal y como lo estaban siempre.

—Estamos llegando al final en esto —dijo, medio para sí misma—. ¿Cómo voy a recibir nuevas órdenes de Terra? ¿Cuál será nuestro próximo paso?

Halji sonrió.

—No te preocupes, szu —respondió, tan tranquilo como siempre—. Algo llegará.

—*Khan, querrás ver esto.*

Shiban se quedó rígido. La voz de Jochi sonaba tensa en el comunicador. Era algo insólito; por lo general Jochi estaba de buen humor, incluso cuando volaban los proyectiles explosivos.

Pero, pensándolo bien, Phemus IV era la clase de lugar que exasperaba a cualquiera. No había nada bueno que decir sobre Phemus: el calor era abrasador, estaba surcado de magma recubierto de una costra negra y hendido por tormentas eléctricas. Era como una visión del inframundo al que hubieran dado una forma truculenta y desagradable.

—Mantén la posición —transmitió Shiban, tomando nota de la ubicación de su hermano en el visor del casco, a la vez que hacía girar la moto a propulsión en una amplia curva—. Estaré ahí en seguida.

Pisó el acelerador, lanzando el vehículo a toda velocidad por encima de costras de roca carbonizada. Sobre su cabeza, el cielo color naranja quemada lanzaba destellos de culebrinas por todo el horizonte. Una masa de nubes de chillonas sustancias químicas refulgía en el oeste magnético, iluminada por debajo por un manto de apagado color rojo. Enormes llanuras de azabache se extendían en todas direcciones, rodeadas por montañas jorobadas y veteadas por el vómito de un mundo agitado.

Shiban se agachó todo lo que pudo, sintiendo el retumbo intermitente de los motores de su montura. Las motos avanzaban con dificultad en la neblinosa porquería, y ya había tenido que cambiar la suya dos veces en una misión que duraba menos de un mes. Era irritante. Durante todo el tiempo que había combatido en Chondax nunca había tenido que entregar una moto para que le hicieran mantenimiento.

El Mundo Blanco había sido bueno con ellos. Había sido el crisol de toda la campaña, el centro de las defensas de los pielesverdes. La guerra en aquel mundo había resultado de lo más gloriosa, de lo más agradable,

amable. Shibán recordaba los cielos amplios y fríos; el contacto de la tierra parecida a sal bajo los dedos; los tres soles, cuya luz se fusionaba en una suave mezcla de verde, azul y amarillo.

Podría haber luchado en aquel mundo una eternidad y no haberse cansado nunca de ello. Al final, sin embargo, habían matado a todo lo que había que matar. Habían exterminado a los xenos, quemado sus cadáveres y fundido sus toscas construcciones. Cuando la legión lo había abandonado para regresar a la órbita, Chondax había tenido un aspecto inmaculado; una esfera de cristal traslúcido en el firmamento, depurada a fondo de toda infección.

En estos momentos los mundos periféricos eran el objetivo. Epihelikon, Teras, Honderal, Laerteax; todos ellos situados en puntos muy lejanos en el vacío, todos ellos infestados con la mácula residual de la ocupación de los pielesverdes.

Phemus IV era el que estaba situado más lejos, el último en tener la certificación de que sus placas tectónicas lamidas por el fuego estaban libres del enemigo. No obstante, cada vez que daba la impresión de que los pielesverdes habían desaparecido, otra guarida salía a la luz, rebosante de vida y odio, que requería el despliegue de equipos de exterminio y que a estos los siguieran equipos de incineración.

Shiban estaba harto. La legión necesitaba un desafío nuevo, algo grandioso a lo que aspirar. Los posos de una campaña eran la peor parte.

«Odio este mundo», pensó. «Escribí una poesía sobre Chondax. Ni una palabra se escribirá sobre este lugar. No merece ninguna».

El Khan no tardaría en llevarlos a otra parte. Shibán le había visto pelear, y por lo tanto sabía que la orden llegaría rápidamente. Le había visto empuñar la espada *dao* con tan relajada pericia que los ojos le brillaban al recordarlo. El primarca no era tanto un guerrero mortal como una expresión de los elementos. También se sentiría impaciente, igual que todos los depredadores cuando las presas se agotaban.

Decían que Horus Lupercal era el comandante más magnífico de la galaxia. Decían que el Ángel, Sanguinius, era el más poderoso en combate, o tal vez Russ, de Fenris, o puede que el pobre y torturado Angron. Decían que Guilliman era el mejor estratega, el León el más imaginativo, Alpharius el más sutil.

Ninguno de ellos tenía en cuenta al Khan. Pero, bien mirado, no le habían *visto*.

Hacía mucho tiempo, antes de la Ascensión, Shibán recordaba haber preguntado a Yesugei por qué hacían que los aspirantes aprendieran las

Actividades Nobles cuando su destino era combatir. Ahora, tantos años después, comprendía la respuesta que le habían dado.

«Matar no es nada sin belleza, y solo puede ser hermoso si es necesario».

Sonrió mientras conducía. El recuerdo disipó algo del sopor que experimentaba.

«Cuando el Khan mata, es hermoso».

Avistó la silueta de Jochi delante de él, oscura en contraste con los tumescentes montones de escoria de titilante magma. La luz, la poca que había en Phemus, empezaba a desvanecerse para pasar a un intenso y resentido ocre oscuro. Nubarrones lejanos empezaban a aproximarse unos a otros a través de la llanura.

Giró la moto haciéndola derrapar y apagó el motor, desmontando en un único movimiento.

—¿Y bien? ¿Qué hay? —preguntó yendo hacia su segundo en el mando.

Jochi había conservado el casco puesto, como hacían todos ellos en aquel lugar inmundo, de modo que Shibán no distinguió nada de su expresión.

—Cuerpos —respondió este.

Shibán echó una ojeada a los montones de magma. Ascendían en forma de protuberancias bulbosas, amontonadas en montículos que se acumulaban a un ritmo constante como pliegues de grasa carbonizada: Phemus IV estaba plagado de tales parajes, algunos tan grandes como naves estelares, producto de las innumerables expoliaciones que el planeta se infligía a sí mismo a intervalos regulares. Las colinas de escoria reptaban por la agrietada superficie del mundo como si tuvieran vida, aplastando cualquier cosa con la que tropezaran.

Había tres cuerpos tendidos al pie del montón, uno de ellos todavía parcialmente envuelto. Cada uno estaba embutido en una armadura negra como el carbón, resquebrajada por la presión.

Shibán se arrodilló junto al más próximo. Pasó el dedo por la curva de un protector de brazo, contemplando cómo la capa de hollín desaparecía para dejar al descubierto una raya de color marfil debajo.

—¿Qué hermandad? —preguntó.

—De la Garra —respondió Jochi—. Destinada aquí hace seis meses.

Shibán paseó la mirada por los legionarios White Scars muertos. Muchos de sus hermanos habían muerto en Phemus, y algunos de sus cadáveres habían sido engullidos por el voraz magma. Con todo, nunca resultaba agradable encontrar otro.

—¿Semilla genética?

—Aún no —dijo Jochi—. Sangjai viene de camino.

Shiban se inclinó más sobre el cuerpo, limpiando más mugre de la maltrecha armadura. No olió ninguna de la putridez presente por lo general en los cadáveres, solo el hedor acre de material quemado hacía mucho.

—¿Cómo murieron?

—Este, de una cuchillada —respondió el otro en tono sombrío—. En la garganta. Los demás, no está claro. Es posible que por heridas en el torso...

Shiban reparó en un corte profundo a través de los cierres del cuello del cadáver. Separó con suavidad los extremos y vio cómo los segmentos se desprendían limpiamente. El borde de la herida estaba tan negro como todo lo demás, lleno de ampollas allí donde la espesa sangre se había evaporado al hervir.

Inspiró profundamente, mientras se preguntaba cuáles eran las historias de los guerreros caídos, cómo les habían vencido, a cuántos pielesverdes habían rechazado antes del final. Era una pena que no fuera a haber relatos sobre su muerte.

Alzó los ojos y miró en derredor. La negra tierra brillaba desafiante, oscura como el vacío y llena de fisuras, iluminada por los espectrales parpadeos de un fuego naranja.

—¿Dónde están los cuerpos de los xenos?

Jochi negó con la cabeza.

—No hay ni rastro. A menos que estén, tal vez, profundamente enterrados.

Shiban se sintió inquieto. Algo le molestaba.

—Curioso —dijo.

—¿Khan?

Shiban lo meditó durante un rato más. Apartó con la mano más porquería del peto del legionario, dejando al descubierto glifos chogorianos grabados en la ceramita. Paseó la mirada por el fracturado contorno del cadáver, observando con atención, absorbiendo detalles a la vez que pensaba. Por fin se puso en pie.

—Tres hijos del ordu muertos —declaró pensativo—. Ningún *hain* junto a ellos.

Jochi permaneció en silencio. Shiban podía percibir su inquietud.

«Tú también lo sientes».

—Perdieron su batalla —prosiguió Shiban—. Dime, Jochi: ¿qué hacen los *hain* con los cuerpos que matan?

El otro asintió, como si su khan hubiera confirmado algo que él también había advertido.

—No hay mutilación.

—Y estos cortes... —Shiban dejó de hablar y alzó la mirada al cielo—. ¿Cuándo llega Sangjai?

—Dijo que en una hora. Va a traer una nave de desembarco.

—Quiero que extraigan al tercero —ordenó Shiban—. Quiero que lleven a los tres a la *Kaljian*.

—¿Qué es lo que buscamos, khan? —preguntó Jochi.

Shiban no respondió de inmediato. Miró con atención la llanura, hasta donde la atmósfera empezaba a cuajar en nuevas tormentas.

«Este mundo está enfermo. Su alma es odiosa».

—No lo sé, Jochi —respondió con calma.

Torghun recorría los pasillos de la *Lanza de las Estrellas*. Sus movimientos eran fluidos. Apenas notaba ya las heridas recibidas en Chondax. Toda la legión estaba mejorando, funcionaba bien, y le gustaba esa sensación. En los últimos tiempos, parte de la antigua confusión parecía haber sido desterrada de la planificación de los White Scars, reemplazada por lo que parecía una lúcida preocupación por los aspectos prácticos. No sabía el motivo de eso, aunque corrían rumores por la flota de que habían designado un terrano como nuevo consejero del Khan. Decían que era una mujer, alguien muy arriba en el Administratum, alguien con la paciencia y la obstinación para controlar hasta cierto punto la errática dirección de la legión.

Torghun tenía la esperanza de que los rumores fueran ciertos. No estaría nada mal que se impusiera algo de control. Con el paso de los años había llegado a reconocer algunas virtudes en el modo de hacer chogoriano, pero eso no significaba que le resultara fácil aceptar sus deficiencias. Si alguien había decidido por fin hacer algo al respecto, mejor que mejor.

El corredor por el que iba tenía una iluminación tenue que apenas proyectaba luz sobre las pálidas paredes. Se cruzó con unos cuantos marineros, los cuales efectuaron todos una respetuosa inclinación de cabeza. En su mayoría eran terranos, aunque había algunos procedentes de otros mundos mezclados con ellos. Con el transcurso del tiempo cada vez eran menos los miembros de la legión que procedían del Mundo del Trono, y había oído decir que a la larga todos los White Scars serían reclutados en Chogoris.

Aún no, si bien los terranos eran una clara minoría. Resultaba difícil no ponerse a la defensiva respecto a ello. Los chogorianos era excesivamente corteses para mostrar una hostilidad declarada; pero de vez en cuando Torghun había captado... miradas. O tal vez gestos, intercambiados entre miembros de la misma cultura de la que él quedaba excluido por su propia ignorancia.

O a lo mejor imaginaba todo eso. También era posible.

Llegó a la cámara a la que se había estado dirigiendo y se echó una capucha sobre la cabeza. Los lúmenes brillaban aún con menos intensidad, y el lugar tenía el aspecto de una zona en suspenso. La *Lanza de las Estrellas* era una nave enorme, con espaciosa bodegas para la tripulación y plataformas de armamento medio vacías, y varias cubiertas eran infrautilizadas. No se había cruzado con ningún marinero desde hacía bastante tiempo.

Torghun miró a ambos lados antes de pulsar una campanilla de acceso. Tras una pausa, una voz queda habló por el comunicador.

—*Indica qué te trae aquí.*

—Abre la puerta, Nozan —respondió Torghun en tono cansino.

Esta se deslizó hacia atrás, mostrando un gran espacio al otro lado: un hangar, vacío en su mayor parte y también poco iluminado, con solo unos cuantos cajones de tránsito amontonados en los extremos. El suelo estaba sumamente pulido y reflejaba las luces de un modo vidrioso. Por encima de ellos, enorme en la oscuridad, colgaba el emblema de la legión, la caída de un rayo en blanco y oro.

Trece figuras le esperaban, todos terranos, todos sin armadura y envueltos en túnicas con capuchas, todos Space Marines. Permanecieron inmóviles cuando entró y los completó, elevando el número a catorce.

—Bienvenido, hermano —dijo uno con la voz de Hibou, inclinando la cabeza cubierta—, empezábamos a preguntarnos si aparecerías.

—Me entretuvieron —respondió Torghun, ocupando su lugar en el círculo.

—Espero que no te observaran.

Torghun lanzó una mirada fulminante al que había hablado, aunque este no pudo apreciarla.

—¿Qué crees?

Hibou sonrió con frialdad bajo la sombra de la capucha.

—¿Y bien? ¿Lo tienes?

—¿De veras? —inquirió Torghun, cada vez más irritado. Hibou era un khan igual que él, comandante de la Hermandad del Cielo del Amanecer—. ¿Tenemos que hacer esto?

—Es una formalidad. Luego podemos empezar.

Torghun sacudió la cabeza e introdujo una mano en el interior de la túnica. Sacó una medalla; gruesa, de plata, grabada con la cabeza de un halcón colocada sobre un rayo.

—¿Satisfecho?

El aludido asintió.

—Del todo.

Hizo un gesto a los demás, quienes echaron hacia atrás sus capuchas.

Torghun conocía todos sus nombres, rangos y compañías. Conocía a cada uno mejor que a algunos de sus propios hermanos de batalla. Algunos tenían su mismo rango, si bien la mayoría estaba por debajo de él.

«Hermandades por todas partes, superponiéndose y contradiciéndose. Hemos tejido un extraño tapiz».

—Así pues, estamos reunidos —dijo Hibou—. Empecemos.

Torghun inspiró profundamente. Algo en la rigidez inicial de las reuniones de logia siempre lo aburría. Eran más satisfactorias una vez que el vino empezaba a correr y podían dedicarse a lo que les llevaba allí.

Pero eso era su modo de verlo. Todos los demás se lo tomaban muy en serio, y tenía que respetarlo.

Pronto empezaría, de todos modos. El auténtico trabajo.